

“¡TRAIDORES!”

(“El Mercantil Valenciano”. Valencia. 19 abril 1917)

“¡TRAIDORES!,”



Han transcurrido ya unos meses desde ahora. Los imperios centrales han sucumbido al peso de sus victorias contentándose con lo que nuestros germanófilos españoles y no ellos, los legítimos germanos, llamarán el triunfo moral. (No hay que perder de vista la idea que de la moralidad tiene esta gente.) Queremos decir que habrán pedido la paz en vez de ofrecerla.

La autocracia imperial y absolutista, o lo que es más probable, el pueblo, tanto tiempo domesticado y engañado y embriagado por ella, ha pedido la paz y se resigna a sufrir el castigo de sus delitos contra la humanidad, mientras llega el día de su definitiva redención; es decir, el día en que reconozca la justicia de ese castigo como muchos españoles, y muy españoles, reconocemos ya la justicia del castigo que ha sufrido España por su obra en Europa durante la dinastía de los Austrias. Creemos que es en Alemania donde nació la teoría del derecho al castigo. Y no sabemos cuándo ese pueblo acepte la expiación de su penitencia.

Han pedido ya la paz, repetimos. Y al saberlo nuestros trogloditas españoles, cierran el puño, y poniéndolo en dirección de...—íbamos a escribir Alemania, pero es el caso que no saben hacia dónde cae—exclaman: «Traidoras! ¡vendidos!» Porque cuando la Alemania imperial, militarista, paganizada, agresiva, tenga que sucumbir, nuestros imperialistas le llamarán traidora. Traidora a la causa. No a la causa de Alemania precisamente, sino a la causa de ellos, a la causa del imperialismo militar, incivil, pagano y agresivo.

Todavía hace pocos días anunciábamos uno de esos trogloditas que se iba a repetir el caso de Numancia—caso del que, por lo demás, apenas tiene sino una vaguísima noticia, y ella teatral, — pero más en grande. Y se exaltaba al imaginarse el heroico suicidio colectivo de toda una nación populosa. Esos páfidos ingleses quieren destruir y anonadar a Alemania; conque, sí, ¿eh? Pues se fastidiarán, porque Alemania se destruirá y anonadará a sí



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



misma, y así quedarán burlados y en ridículo. Hindenburg repetirá, pero ahora en kolosales proporciones archiepicas, la genial retirada de Perona, con lo que dejó burlados a los que le querían hacer retirarse. El suicidio es, sin duda, una genialísima manera de defendernos de quien amenaza matarnos. Y si no hacen eso; si no hacen una nunciada así, pero kolosal y en máximo, entonces habrá que decir: «Traidores!»

El otro día, un ingenuo germanófilo, profesional de las armas por más señas, nos decía con encantadora candidez que la culpa — así, la culpa — de todo esto la tienen los belgas por no haber dejado pasar libremente a los ejércitos del kaiser. Y ello es indudable. La «culpa» — el sentido en que ese hombre ingenuo y candoroso empleaba la palabra culpa — de que haya guerras es que hay gentes que no están dispuestas a dejarse atropellar por el más fuerte. Es fácil que creyera, pues es opinión que hemos visto expuesta, que un pueblo que no se ha preparado militarmente para poder resistir a otro, no tiene derecho a oponerse a las démasias de éste. Es horrible doctrina que se sustenta en esta nuestra patria,

infestada hoy de la más negra cobardía. Hemos oído, en efecto, sostentar que España no debe oponerse de ninguna manera el torpedeamiento de sus barcos, ni tomar otra medida que el que no naveguen, ya que no podría evitarlo, por sí sola, con eficacia. Y si España tuviese medios para evitar por la fuerza la continuación de esos torpedeamientos, esos sujetos que sustentan tan monstruosa doctrina, sostendrían — estamos de ello seguros — que debía poner esos medios y esa fuerza para destruir el poderío marítimo de Inglaterra, poniéndose al lado de los torpedeadores. Los conocemos. Son los que dentro de unos meses exclamarán: «Traidores!»

Traidores, sí, traidores a la causa; pero no a la causa de Alemania, de su propia patria, lo repetimos, sino traidores a la causa del imperialismo; a la causa del imperialismo teutónico; pero más aun, a la causa del imperialismo hispánico de antaño. Porque nuestros trogloditas creen que Alemania pelea por la causa del absolutismo de un Felipe II. Y esto lo creen hasta muchos que se llaman liberales.

Porque aquí se da el caso de que muchos se crean liberales por ser partidarios, no de la liberalidad, sino del liber-



" ¡ Traidores ! "

linaje del poder. Muchos se dicen a sí mismos liberales, y son partidarios de la arbitrariedad gubernamental y enemigos de toda limitación legal y toda facultad reglada. Ministros hay que se llaman liberales, y se les antoja que el ministro, con el broquel de la firma regia, puede hacer cuanto le venga en gana. Para estos tales, el constitucionalismo monárquico es la tapadera del absolutismo ministerial. En los tiempos del absolutismo monárquico, en los de Felipe II, se podía atropellar y matar a un ciudadano como a Antonio Pérez, «por cosas que el rey sabía». Hoy se puede, con la firma del rey, atropellar a un ciudadano por cosas que el ministro sabe. Y ni entonces se creía el rey obligado a revelar esas cosas, ni hoy se cree el ministro obligado a revelarlas. ¿Ve el lector como puede haber monárquicos que se llamen liberales y constitucionalistas y sean absolutistas y por absolutistas germanófilos?

Hemos seguido con la mayor atención posible la polarización de la opinión española—es decir, de la de los españoles que opinan, que son una mínima minoría—en este de la guerra, y cuando se nos dice que no es cuestión de lo que se llama izquierdas y derechas, y que hay izquierdistas, y muy de la izquierda, germanófilos, y otros muy de la derecha que son en lo que a la guerra respecta todo lo contrario, procuramos fijarnos, y casi siempre nos resulta que esos germanófilos supuestos de la izquierda son absolutistas, son partidarios de la arbitrariedad, y los más de ellos profesionales de la política; es decir, de los que hacen de ésta un modo de vivir.

Aquí está un sujeto, sea N, diputado liberal, y él quiere hacer creer que muy liberal, partidario de todas las llamadas conquistas democráticas—sufragio universal, Jurado, matrimonio civil, etc., etcétera,—y hasta de la separación de la Iglesia y del Estado y de la libertad de cultos, y acaso de la expulsión de las órdenes religiosas y de una porción de medidas económico-sociales de las que pasan por más avanzadas, pero partidario a la vez de que para facilitarle las elecciones puedan los ministros trasladar empleados y quitárselos y ponerlos a antojo de él, del dipu-





tado N. Pues bien : este diputado muy liberal, liberalísimo, a su parecer, pero caciquil y partidario de los llamados «resortes de gobierno», es seguramente germanófilo o declarado o vergonzante. Claro está, ¡como que es absolutista!

Y la causa que creen muchos que defiende Alemania es la del absolutismo político, la de la ilimitación del poder público, la de los resortes de gobierno. A esto es a lo que llaman organización y disciplina y orden. El kaiser cree que no tiene que dar cuenta más que a Dios de sus actos, y alguna vez declaró, al disolver el Reichstag, que su poder no provenía del pueblo. Y estos nuestros absolutistas constitucionales creen en el absolutismo ministerial. Y véase como no resulta cierto que haya entre nosotros kaiseristas liberales. Por lo menos los germanófilos que conoce y trata el que estas líneas traza, aunque se llamen liberales y aun republicanos o socialistas y alguno anarquista, son absolutistas y nada más. Y dirán, cuando la paz llegue, aunque sea dentro de sí, pues no todos son tan insensatos para decirlo hacia fuera : ¡Traidores!

Y no acabará, sino que empezará de veras, nuestra tarea, la de los que nos hemos declarado anti-germanófilos en España, cuando Alemania pida la paz. Porque cuando allí, en Alemania, apenas quede quien se parezca a lo que aquí es un germanófilo, quedarán éstos en España, y cuando allí se exerce del absolutismo imperialista, aquí se defenderá el absolutismo ministerial o el caciquil o el eclesiástico. Y cuando allí comprendan que la organización de la agresión y de la prepotencia y del espionaje y de la ciega sumisión al que manda no conduce sino a la ruina, aquí, repitiendo aquello de que somos un pueblo indisciplinado, anárquico, insolidario y disolvente, querrán someternos a la mano de hierro de la arbitrariedad gubernativa o de la eclesiástica. O acaso a la de la más cerril e inculta plebe, que no es otra cosa la tan mentada democracia frailluna, la del carlismo de origen rural. Y en el fondo el ningún respeto a la libre personalidad individual y a su dignidad y decoro. ¡Qué decimos ningún respeto! ; peor aún : aversión a ella. Porque es el odio a la personalidad, y con él el odio a la inteligencia, el promotor de ciertas cosas.

Troglodita equivale a misólogo. Más de esto otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO.

